

Y reiterando su renuncia por lo quebrantado de su salud declaraba finalmente á su gobierno : « No hay remedio ; es » preciso que la corte se desengañe, pues no cortando la » cabeza á los que han sido revolucionarios, siempre darán » que hacer, así, que no debe haber clemencia con estos » pícaros ». Con un alcance, que hace honor á su inteligencia militar, preveía, que de la posesión de la Guayana, pendía la suerté de la expedición, pues una vez perdido este territorio por los realistas, Venezuela y Nueva Granada quedaban en peligro (22). Era un vencido en medio de sus triunfos, y esto explicará la política de terrorismo sangriento que empezó á inaugurar desde entonces.

En Ocaña, publicó Morillo un indulto que comprendía á los oficiales de capitán abajo que depusieran las armas, á la vez que hacía ejecutar cruelmente á los jefes que caían en sus manos, colgando sus cadáveres de horcas ó clavando en los caminos sus miembros despedazados y expuestas en jaulas sus cabezas. El general de La Torre, expidió un indulto análogo, para « todos los empleados civiles que depusiesen las armas y volviesen á sus pueblos ». Morillo lo reprobó duramente, y ordenóle que aprehendiese y asegurase en estrechas prisiones á todos los que hubiesen figurado en la revolución, especialmente á los que llamaba « cabecillas ». En vano de La Torre representó que la palabra del rey estaba empeñada. El pacificador se mostró inflexible, y las cárceles de Santa Fe se llenaron de presos (22 de mayo de 1816). Morillo, sin recibir los obsequios que el pueblo le había preparado, entró

(22) Oficios y cartas de Morillo de 7 y 27 de marzo de 1816, fechados en Mompox y Ocaña. Estas comunicaciones fueron interceptadas por un corsario argentino, y publicadas en la « Gaceta de Buenos Aires », núm. 75 de 1816 y « Extraordinaria » de la misma de 9 de octubre del mismo año. — (Véase : « Docs. para la Hist. del Libertador », t. V, núm. 4088, 4089, 4092 y 4093.)

de noche á la ciudad, sombrío como una amenaza (26 de mayo). Reprendió severamente á La Torre y Calzada por haber aceptado agasajos de los rebeldes, y en castigo, destinó al primero á los llanos del Orinoco y al segundo á los valles de Cúcuta. Anuló públicamente el indulto de La Torre, y dió otro calcado sobre el de Ocaña, pero tan lleno de multiplicadas excepciones que más parecía una burla que un acto de hipócrita benignidad, pues no alcanzaba á ninguno de los presos, y comprendía entre los delitos que llevaban aparejada pena capital, hasta las escritos y conversaciones (23). Las mujeres de Bogotá se le presentaron en el día del cumpleaños del rey (30 de mayo) implorando clemencia en favor de sus padres, sus hijos y sus esposos. Él las recibió groseramente y las despidió con palabras duras y gritos destemplados. Las cárceles ordinarias no bastaron para contener los presos, y habilitáronse los claustros de los conventos para encerrarlos. El terrible pacificador se encerró en un silencio tétrico, y ocupóse en compulsar los archivos del gobierno revolucionario, buscando en ellos nuevos culpables que perseguir. El terrorismo colonial se inauguraba.

## IX

Establecióse un tribunal de sangre con la denominación de « Consejo permanente de guerra », compuesto de oficiales españoles del ejército expedicionario y presidido por el go-

(23) Bando de Morillo de 30 de mayo de 1816, en que dice : « Serán » indultados los que estén libres de los crímenes de sedición, asesinatos é » incendiarios; que no hayan oprimido los pueblos con exacciones ni » violencias, alterado la opinión *con escritos ó conversaciones subversivas* » ni aquellos que tenazmente han proclamado y sostenido la indepen-

bernador militar de la plaza. Las sentencias debían ser confirmadas por el general asistido de su asesor, que era un granadino, cuchillo de sus hermanos. Ante él comparecían los reos señalados por el índice del pacificador, para ser juzgados con arreglo al texto de las ordenanzas militares, á las leyes de Partida y á las recopiladas de Indias y de Castilla, aplicando á dos millones de almas las penas de asonadas y tumultos en las plazas de guerra. Un fiscal formaba el sumario, y con la confesión del reo careado con los testigos que depoñían contra él, quedaba cerrado el proceso (24). Sin permitirle adelantar la prueba, se pronunciaba la sentencia en el término de 24 horas, previo el nombramiento de un defensor, de oficio, que según la amarga expresión de un historiador, no era muchas veces otra cosa que un verdadero acusador. Sucedió alguna vez, que antes de pronunciarse la sentencia por el tribunal, Morillo anunció públicamente por medio de proclamas, que los reos cuyos procesos estaban pendientes, morirían. Desde entonces todos tuvieron una sentencia de muerte pendiente sobre sus cabezas.

La primera víctima que subió al patíbulo, fué el comisionado de la regencia Antonio Villavicencio, fusilado por la espalda como traidor por haber simpatizado con la revolución (8 de junio de 1816). Siguióle muy luego su colega Carlos Montufar, el general de los revolucionarios de Quito. José Tadeo Lozano, el primer presidente de Cundinamarca, Camilo

» dencia, mostrando la adhesión más decisiva por ella, presentándose á  
» servir en las banderas de S. M. en clase de soldados. No son compren-  
» didos en este indulto los españoles ó extranjeros, ni los que hayan  
» obtenido empleos por el Rey en cualquier carrera que sea ». (Véase  
el texto de este indulto en « Mémoires du général Morillo », pági-  
nas 79-81.)

(24) Sólo eran testigos hábiles en juicio « los mejor opinados por su fidelidad al rey », según el tenor del interrogatorio de 9 de enero de 1816, formulado en Cartagena. (Véase « Docs. para la Hist. del Libertador », t. V, pág. núm. 1085.)

Torres, el ilustre presidente de la república granadina, y Manuel Rodríguez Torices, el dictador de Cartagena, fueron fusilados por la espalda, sus cadáveres suspendidos de la horca y sus miembros colgados en escarpías. El primer general de la Unión Antonio Baraya y el heroico Liborio Mejía el último sostenedor de la bandera republicana de Nueva Granada en el puente de La Plata, fueron ejecutados del mismo modo y sus cabezas expuestas en jaulas. El famoso geómetra, físico, astrónomo y naturalista Francisco José Caldas, hijo de Popayán, gloria de la América y honor del mundo sabio, que cual otro Pascal descubrió un nuevo sistema para medir las alturas; el predecesor y el colaborador de Humboldt y Bompland en sus exploraciones en lo desconocido, también fué sacrificado el 29 de octubre de 1816, por haber servido como ingeniero en los ejércitos republicanos. El implacable pacificador contestó brutalmente á los que pidieron su vida, al menos mientras concluyese los trabajos de su última expedición botánica: « La España no necesita de sabios! » La víctima subió al cadalso con serenidad y fortaleza, para enseñar á morir como había vivido, y esta fué su última lección como filósofo animado por el espíritu de la sabiduría que lo ha inmortalizado en su martirio.

Para hacer más dolorosa la muerte y para difundir el terror en todos los ángulos del virreinato, los condenados eran trasladados á pie á largas distancias, al lugar de su nacimiento ó á los lugares donde habían figurado, prolongando su agonía. Así desfilaron por los cadalsos ciento veinte y cinco víctimas, la flor de la sociedad granadina, de los que la quinta parte pertenecía al gremio de doctores (25). Á pesar del desprecio

(25) Véase la lista de los ajusticiados por Morillo en esta época, en Restrepo: « Hist. de la Revol. de Colombia » (1.<sup>a</sup> ed.) t. X, apéndice núm. 46. Los historiadores consideran incompleta esta lista.

que el pacificador afectaba por los sabios y los doctores, era lo que más temía, porque veía en ellos la luz que pretendía apagar con sangre. Así decía en una carta dirigida al rey Fernando VII: « He expurgado el virreinato de Nueva Granada » de doctores que siempre son los promotores de rebeliones. » Para reemplazarlos, pedía « teólogos y abogados de España », porque según sus propias palabras « la obra de subyugación » y pacificación debía consumarse por las mismas medidas que al principio de la conquista. » (26). Derecho de conquista, ley de exterminio, extinción de las luces, terrorismo colonial con inquisición y tribunales militares de sangre, tal era el plan político del pacificador, en representación del absolutismo español, encarnado en el más bestial de sus reyes, « corazón de tigre y cabeza de mulo », retratado así y renegado por su propia madre! (27).

Pero no bastaba al pacificador rodear la muerte de las víctimas de ultrajes y tormentos: era necesario destruir sus herencias y afrentar su posteridad despojándola hasta de los derechos civiles y sociales. Al efecto instituyó una junta de secuestros, embargó los bienes de todos los presos, confiscó los de los muertos y redujo á la miseria á todas las familias del país. Á las viudas y huérfanos que reclamaban les contestaba: « Los traidores al rey deben perder sus vidas y sus bienes ». Las familias así despojadas y enlutadas, eran confinadas á los lugares más remotos, por impías, perversas y

(26) Ofi. de Morillo al ministro de guerra de España, de 7 de marzo de 1816 en Mompox. — (Véase « Docs. para la Hist. del Libertador », t. V, núm. 1089.)

(27) Son conocidas las cartas de la reina María Luisa, pintando á su hijo como un ser depravado y contra quien llegó á pedir el último suplicio en Bayona al emperador Napoleón. El poeta francés Barthélémy, en su famosa *Némésis*, ha calcado su retrato sobre los rasgos trazados por la madre:

Ferdinand cœur de tigre et tête de mulet.

licenciosas, poniéndolas bajo la vigilancia de los curas y alcaldes, sujetas á una disciplina de esclavos con prohibición de variar de domicilio ó recibir visitas y prescribiéndoles hasta el traje que debían usar (28). Todos los habitantes fueron constituidos en prisión bajo pena de la vida. Uno de los seides de Morillo que más se señaló por su crueldad, el coronel Francisco Warleta, publicó un bando, en que calificando la ausencia como acto de rebeldía, disponía por un *artículo único*: « Toda persona sin excepción de sexo ni calidad que » pasado el término de cuatro días, no se reuniese á su respectiva población, será fusilada en cualquier parte del » campo ó montaña donde se halle por los destacamentos y » tropas que haré circular » (29). Todos los hombres fueron reducidos á la condición de presidiarios. Bajo el pretexto de abrir nuevos caminos públicos, de utilidad dudosa ó evidentemente ruinosos para la prosperidad general, los naturales del país eran forzados á trabajar en ellos á ración y sin jornal, y alejados por meses de sus hogares en lugares desiertos y malsanos. Era el sistema de la primitiva conquista, armada no sólo de látigos sino también de escorpiones, según la expresión bíblica (30).

El mando absoluto había enorgullecido á Morillo y la san-

(28) Circular reservada del gobernador militar de Santa Fe, Antonio María Casano de 25 de junio de 1816. — (V. Restrepo (1.<sup>a</sup> ed.) Doc. núm. 47.)

(29) Bando del coronel Francisco Warleta de 25 de agosto de 1816. (Véase Restrepo (1.<sup>a</sup> ed.) Doc. núm. 48.)

(30) Este cuadro, que puede parecer recargado de sombras, es un pálido reflejo de la realidad. Los mismos autores españoles lo confirman más ó menos explícitamente. Véase Torrente: « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. II, pág. 252-253. — Vadillo: « Apuntes etc. de la América del Sud », (3.<sup>a</sup> ed.) parte 2.<sup>a</sup> cap. IV. — Presas: « Juicio imparcial de la Revol. de la Amer. española », cap. VII, en que dice, refiriéndose á la política de pacificación de Morillo: « En lugar de miel se propinó » vinagre, y los que antes se consideraban como moscas, se alborotaron » como gigantes; por manera que, en lugar de acrecentar el número de

gre lo embriagó. Él, que poco antes se consideraba sin fuerzas suficientes aún para sujetar á Venezuela, soñaba marchar con su ejército hasta el Perú, destruir la República Argentina y regresar triunfante á Méjico para coronar su obra de pacificación del mismo modo que Cortés y Pizarro habían operado la conquista de América (31). El incremento que tomaba la insurrección popular de Venezuela en las campañas, disipó estos sueños, y vióse obligado á volver á su punto de partida para comenzar la obra de la pacificación. Dejó en Bogotá una guarnición de 3,800 hombres de tropas venezolanas, que quería mantener alejadas de su tierra, y de pastusos adictos á la causa del rey, y con 4,000 hombres de sus mejores tropas europeas atravesó la cordillera para sofocar la nueva insurrección, que según sus claras previsiones anteriores, ponía en peligro todas sus conquistas (16 de noviembre de 1816). Al despedirse de Nueva Granada, — que ya no volvería á pisar, — hizo alarde en una proclama de los beneficios que le había dispensado, entre ellos el de la sangre de sus hijos derramada en los cadalsos, y llevó consigo los últimos reos destinados á la muerte y los hizo juzgar y fusilar en su frontera! (32). Al atravesar la cordillera y pisar los llanos de Barinas, pudo convencerse por segunda vez que era impotente aún para hacer la guerra regular : según confesión propia, no habría podido

---

» vasallos se acrecentó el de los enemigos, y se perdieron para siempre » aquellas provincias ». — Véase Restrepo, el escritor más imparcial y serio de la revolución colombiana, t. II, cap. XI, testigo presencial, que escribió con presencia de los documentos españoles y testimonios jurídicos.

(31) Ofi. reservado de Morillo al general Sámano de 31 de julio de 1816 en Bogotá.

(32) En su proclama de despedida á los granadinos, de 15 de noviembre de 1816, decía Morillo : « La sangre vertida por la espada de la justicia, era impura y dispuesta á corromper la vuestra. Escarmentad con lo acaecido, si aun queda alguno que suspire por el orden de cosas pasadas ». (*Memorias del general Morillo*, pág. 92.)

efectuar su marcha sin los auxilios de los escuadrones de llaneros que le acompañaban, que lo salvaron de morir de hambre ó ahogarse en los ríos del tránsito (33).

## X

El general Sámano sucedió á Morillo en el mando militar de Bogotá, permaneciendo el virrey Montalvo en Cartagena, anulada de hecho su autoridad. Era Sámano un soldado ignorante, de valor dudoso, terco é imbuído de la superioridad de raza de los españoles sobre los americanos, que revestido del sayal de los capuchinos que gobernaban su conciencia ostentaba una fanática devoción y consideraba acto meritorio para con Dios matar insurgentes ó rebeldes. Su primer acto, fué mandar levantar la horca permanente en la plaza mayor frente á las ventanas de su palacio, y plantar ad terrorem cuatro banquillos en el paseo de la Alameda. Las cárceles volvieron á llenarse y las ejecuciones periódicas continuaron como en tiempo de Morillo. Una de sus primeras víctimas fué una mujer. Llamábase Policarpa Salavarieta, conocida en Bogotá con el nombre de la Pola con que ha pasado á la historia inmortalizada por su martirio. Era una joven bella, de veinte y cinco años de edad, de ojos azules y cabellos rubios, dotada de imaginación poética y corazón sensible, en quien las blandas virtudes de su sexo se hermanaban con la forta-

---

(33) En oficio datado en la Margarita el 17 de agosto de 1817, decía Morillo á Sámano : « Hablo por experiencia, como quien acaba de atravesar este infernal país. Yo no hubiera podido continuar mi viaje sin el auxilio de los escuadrones de llaneros que me acompañaban, quienes cogían las reses y facilitaban el paso de los ríos. Á pesar de estas ventajas se sufrieron mil penas, y mucha tropa llegó enferma ».

leza de un alma varonil. Su primer pasión al estallar la revolución, fué la patria: su segunda pasión, fué un joven, Alejandro Savaraín, oficial de los ejércitos republicanos, con quien debía desposarse, que había sido destinado á servir como soldado en las tropas realistas. Ella comunicó á su amante su pasión por la patria. Lo comprometió en una conspiración de cuartel que por este tiempo se tramaba en Santa Fe, y descubierta ésta, lo indujo á desertar las banderas del rey junto con otros compañeros, llevando comunicaciones para los guerrilleros que se mantenían en armas en los llanos de Casanare, y eran la última esperanza de la revolución granadina. Sorprendido Savaraín en su fuga y vendida la Pola por los papeles de que era portador, entre los que se encontraban los estados de fuerza de la guarnición de Santa Fe, la joven fué reducida á prisión y sometida á un consejo de guerra. Condenada á muerte oyó su sentencia con serenidad. Puesta en capilla, un fraile enviado por Sámano le ofreció el perdón si confesaba quiénes le habían proporcionado los estados de fuerza. Se confesó cristianamente y no comprometió á nadie en sus declaraciones. Marchó al suplicio con paso firme, encadenada con su amante. En el camino exclamó: « Tengo sed. » Un soldado de la escolta del suplicio le alcanzó un vaso de agua. Ella lo rechazó, diciendo: « Ni agua quiero de los verdugos de mi patria ». Sus compañeros desfallecían, y ella los exhortó á morir como hombres, gritando en alta voz que su sangre sería vengada (34). Fué fusilada por la espalda al lado de su amante, con quien se unió por siempre en la muerte (11 de noviembre de 1817). En ese día todos lloraron en Bogotá. Los granadinos consagraron á su

(34) Fueron ejecutados juntamente con Pola y su amante, Antonio Galeano, José Manuel Díaz, Joaquín Suárez, Jacobo Marufú, José María Arcos y Francisco Arellano, complicados en su causa.

memoria una canción fúnebre que se convirtió en himno de guerra repetido por toda la América, y su contemporáneos formaron de su nombre un anagrama simbólico: *Policarpa Salavarrieta*: YACE POR SALVAR LA PATRIA, que es su epitafio histórico (35).

Morillo encontró que Sámano era un digno continuador de su política sangrienta, y le hizo nombrar virrey en sustitución de Montalvo, que menos cruel, había manifestado tendencias á endulzar el terrorismo colonial implantado por el pacificador.

(35) Véase: « Diccionario biográfico de los campeones de la libertad de Nueva Granada, Venezuela, », etc. por Leonidas Scarpetta y Saturnino Vergara, donde se registra la biografía más completa de esta simpática heroína. Su canción fúnebre con música adecuada, es popular en toda la América meridional:

Granadinos, la Pola no existe,  
Por la patria su muerte llorad,  
Por la patria á morir aprendamos  
Ó juremos su muerte vengar.

« Por las calles y al pie del suplicio,  
» Asesinos, gritaba, temblad!  
» Consumad vuestro horrible atentado,  
» Ya vendrá quien me sepa vengar! »

En el interesante libro « Campaigns and cruises in Venezuela and New Granada », se encuentran algunas noticias sobre el proceso y la ejecución militar de Pola. — El Dr. Ángel J. Carranza ha escrito una narración de este episodio bajo el título de « El suplicio de Pola », con nuevos datos tradicionales suministrados por el poeta granadino Próspero Pereyra Gamba.